

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando,

unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapice-

ría ó en Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO.—*Conatos de una revista local, por D. Francisco Flores Arenas.*—*Los deseos del hombre, por D. Adolfo de Castro.*—*Revista de la Habana, por D. Julio Rosas.*—*Recuerdos, por D. Aristides Pongilioni.*—*Rugier de Lauriga. Segunda parte, por doña Felicitas Asin de Carrillo.*—*Gero-glífico.*

CONATOS DE UNA REVISTA LOCAL

¿Saben nuestros lectores lo que es una revista local en Cádiz? Pues es empresa poco mas ó menos como la de hinchar un perro al modo del loco del cuento de Cervantes. Aquí en efecto suceden por lo comun muy pocas cosas, y aun entre ellas poquísimas hay de las que se pueda hablar. Léanse sinó las revistas de Madrid, por ejemplo: allí se vé que la tertulia particular de la Sra. de tal ha vuelto á animarse con la aproximacion del invierno; que allí se pasa el tiempo agradablemente en ensayar trozos de obras dramáticas, ó en tocar el piano, ó en representar charadas, ó en juegos de ingenio, ó en bailar, ó en cosas por el estilo, todas muy bien admitidas en la buena sociedad. Aquí sin embargo esta inocente revelacion de los pasatiempos domésticos era de temer produjese cierta alarma en algunas de las personas habitualmente concurrentes á la tertulia en cuestion. ¡Esto de salir en un periódico! Pues es una friolera! ¿Y quién le dá derecho á un redactor, dirian, para ocuparse de si en el rincon de nuestra casa nos entretenemos en descifrar gero-glíficos. en hacer calceta ó en asar castañas al brasero? Desde el momento en que nuestra vida entre en el dominio del público, aunque solo sea á determinadas horas, ya nosotros no la tenemos segura, y si hoy dicen que recibimos gentes por la noche, mañana dirán á qué hora se afeita el amo ó se peina la Señora, ó si se despidió la criada, ó si se riñó al gallego, ó si se ha acabado ya en la despensa la provision de chacina? ¿Ni qué necesidad tenemos en casa de que en otras se nos critique lo

OCTUBRE.

que hacemos ó lo que no hacemos? Nada, nada de periódicos: si el redactor quiere escribir una revista, que se entretenga en pasársela á sí mismo, que para rato tiene?"

Esto podria ser muy bien que se dijese, no por otra razon sino por la falta de costumbre. Sin embargo, si reflexionasen que los usos de la buena sociedad han de tomarse al cabo, como se toman las modas, como se toma este ó el otro baile, como se toma la distribucion de un banquete, se comprenderia que el autor de una revista no hace en este caso sino seguir las huellas de los autores de otras revistas, ya de nuestra corte ó ya de las extranjeras que dan el tono, siendo lo cierto que por haber leído aquellas es por lo que han organizado su reunion con arreglo á la forma que allí leyeron ser la mejor aceptada; bien así como el figurin les muestra las, telas confecciones y prendidos mas de moda.

Pero el caso es que hasta ahora no está en uso aquí el hablar de reuniones particulares que no constituyan un verdadero baile de mayor ó de menor cuantía, y la verdad es que nosotros no nos sentimos ni bastante fuertes ni bastante autorizados para ser los primeros en romper la valla. De este punto de revista local no hay que hablar, al menos hoy día de la fecha.

Pues si eso nó, láncese V. á anunciar en el periódico, como se hace en otras muchas partes, verbigracia, "que se asegura que la Srta. D.^a Fulana de Tal debe dar su mano dentro de un mes ó dos al Sr. Don Mengano de Cual, hijo de una distinguida y opulenta familia, y no menos apreciable personalmente por sus prendas. Añádase que se han encargado ya á París magníficos regalos para la novia, la cual pertenece tambien á una ilustre casa, y que fuera de eso por su belleza y por su talento músico es admirada de cuantas personas frecuentan las mejores sociedades de nuestra poblacion."

Hasta ahora aquí el derecho de dar conocimiento al público de tales cosas está limitado al libro parroquial de las amonestaciones, las cuales, si bien omitiendo muchas de las anteriores circunstancias, se leen los domingos y fiestas en la misa mayor. En esto no han metido su hoz todavía los periódicos de por acá.

Ya que tampoco por ese lado hay materiales pa-

ra una revista que ha de imprimirse, veamos si es posible hallar algo en tal ó cual noticia comentada y puesta en forma descriptiva, referente á algun particular acaecimiento, de esos que leemos todos los dias en los periódicos de otras partes, y que en rigor no han existido sino en la mente del redactor. Por ejemplo, supongamos que para amenizar una revista digésemos lo siguiente:

"En estos momentos todo Cádiz se ocupa de un suceso terrible que tuvo lugar hace dos dias. Un jóven, cuyo nombre omitimos por razones que se comprenden, puso los ojos en una señorita muy conocida en esta ciudad, y despues de haber mediado cartas y entrevistas llegó á encenderse en ambos corazones una violetísima pasion, por mas que comprendiesen los casi insuperables obstáculos que habian de oponerse á su enlace. El jóven carecia de fortuna, y el padre de la jóven era tan rico como orgulloso. Además, habia prometido la mano de su hija á un capitán de dragones, caballero ilustre y de no menor riqueza. Vanos fueron los ruegos y las lágrimas; el padre permaneció inmutable en su propósito. El jóven, en un arrebato de desesperacion, envió un reto á su rival, pero la bala de este atravesó el pecho del provocador, quien desde el hospital adonde fué conducido espirante escribió con su propia sangre una palabra de adios á su amada. Esta desapareció, y á los dos dias unos pescadores hallaron su cadáver flotando junto á la playa de la Caleta."

Este párrafo se tragaria en París sin dificultad, y cualquier escritor de revistas lo aceptaria como moneda corriente. El Sena está demasiado acostumbrado á tales zambullidas románticas para que se cuidase de averiguar la existencia de otra mas: el bosque de Boulogne oye silbar todos los dias tantas balas de duelistas que no puede llevar cuenta exacta de ellas: la poblacion es tan grande que no es posible saber lo que pasa en el barrio inmediato: la noticia entra por tanto en el número de las cosas posibles, y queda á salvo á cada cual su derecho de creerla ó de no creerla. ¿Pero seria lo mismo en Cádiz? Al cuarto de hora el celador del barrio de Extramuros haria constar que en su distrito no se oyeron mas disparos que dos hechos por un cazador de aficion, y que solo habian ocasionado la muerte de un vencejo: la administracion del hospital declararia que ningun herido constaba como entrado en él el dia á que el párrafo se refiere: el gefe del puesto de carabineros de la Caleta manifestaria que ningun bulto se vió flotar en la citada fecha: la policía haria ver que ninguna hija habia faltado de su casa en lo que iba de año, y la guia de forasteros, en fin, demostraria hasta la evidencia que ningun capitán de dragones pudo ser el matador, y eso por la razon sencillísima de que en España no hay hoy regimientos de dragones.

Es decir, que ya que tan pocas cosas suceden, ni aun queda el recurso de inventar las que no han sucedido.

En vista de esto, quedaria reducida hoy por hoy nuestra tarea de cronistas locales á hablar de teatros, de otras diversiones de distinto género, de

paseos, de bailes, y en fin de obras públicas.

Teatros, solo está en ejercicio el del Balon, y despues de *Las Biografías*, obra de la que nos hemos ocupado ya, ninguna otra nueva se ha puesto en escena. El Principal hay esperanzas de que abra sus puertas antes de lo que se habia creído, vista la actividad con que allí se trabaja. Y decimos bien lo de abrir sus puertas, porque parece se proyecta abrir otra en efecto por la que se dé entrada á la que hoy es rotonda del café, á fin de que las personas que concurran no tengan que esperar en la calle su turno para dar la targeta de entrada, espuertas á los aguaceros, á los vientos y á los coches. La idea la tenemos por excelente.

Otras diversiones no hay ahora. Ni aquí hay plaza de toros, ni su época es la actual. Las corridas de novillos trabajados por aficionados, no continúan por lo visto. No tenemos, como en el año anterior, á Mr. Price ni á cosa parecida.

Y ahora que de toros hablamos, diremos por via de episodio que hoy en Sevilla han de luchar, segun anuncio, un toro andaluz y un leon africano. Hoy, pues, se rompen las hostilidades.

El paseo no se ha organizado aun definitivamente; como ya no es verano y todavia no es invierno, ni se pasea por las noches ni por las mañanas.

Los bailes no han madurado; están verdes aun, y eso suponiendo que la cosecha se presente buena este año, lo que no es fácil calcular con tanta anticipacion.

Respecto á obras públicas hay poco, ó mejor, no hay nada que decir á la fecha en que escribimos. A estas obras suelen llamarlas algunos, traduciendo del francés el nombre, trabajos públicos. La palabra podrá no ser muy castiza, pero suele ser en cambio muy propia.

Punto y aparte para que no se crea alusion. En la obra del ferro-carril ha dias que no se hace nada ó casi nada. Es natural: la higiene aconseja el descanso despues de comer. Pase por lo de higiene; pero estaríamos mal si el tal ferro-carril diese en la gracia de echar siestas muy largas.

Concluiremos diciendo que el sábado hubo funcion en el Ateneo, y que tomaron parte en ella las Academias de Literatura y Declamacion. No entraremos en pormenores, porque el establecimiento tiene un periódico consagrado á dar cuenta de estos actos, y no es bien le usurpemos sus atribuciones.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

LOS DESEOS DEL HOMBRE. (1)

OFRENDA Á MI AMIGO

EL SR. D. MIGUEL AYLLON Y ALTOLAGUIRRE.

De vida, que el bien no alcanza,
¿á qué son los devaneos

(1) Poesía leída en la sesion pública del Ateneo de Cádiz el 15 de Octubre.

de deseos en deseos,
de esperanza en esperanza?
Tempestad á la bonanza
su locura llamará;
la tormenta anhelará;
tarde el desengaño adquiere,
sin saber qué es lo que quiere,
ni tampoco á donde vá.

Apuntando un cazador
á una pintada avecilla,
que del Bétis en la orilla
volaba de flor en flor,
ella esclama en su terror
de la pólvora y las balas;
"Si te enamoran mis galas,
á qué atentas á mi vida?
Siempre soy ave perdida
para un cazador sin alas."

Varios árboles querían
unirse en estrechos lazos:
con sus copas mil abrazos
vanamente se ofrecían.
Al fin sus sombras se envían
para mejor encontrarse;
mas nunca logran juntarse.
La sombra, que el árbol llama,
lo desprecia y solo ama
la sombra que vé alejarse.

De un mal rey, en quien se espera,
la ley es no tener ley:
su tirio manto de rey
solo es la piel de una fiera.
Su poder á cuanto quiera
se extiende en su orgullo insano;
mas de Dios no insulta en vano
la prepotente justicia,
porque la negra codicia
es tirana del tirano.

Un mal sigue, que bien nombra
el hombre en su ceguera:
vá tras la felicidad,
y solo encuentra la sombra.
De la pobreza se asombra,
y con su origen se humilla.
¿Quién puede llamar mancilla
nacer en cuna vulgar,
si empieza el soberbio mar
siempre en una pobre orilla?

Mal anhelan sus suspiros,
allá gimiendo á sus solas,
del mar hundirse en las olas
para buscar los zafiros.
De su ambición á los giros,
en las olas inconstantes
solo halla peces brillantes;
mientras piedras de valor
vuelve al mar el pescador,
que un pez busca y no diamantes.

Si mira unos ojos bellos,
juzga que amándose dos,
llegar se puede hasta Dios,
si el alma se vá tras ellos.
De esta gloria en los destellos,
sospecha y celos estallan,
que inútilmente batallan;

pues de un alma los gemidos
alma buscan y no oídos,
y oídos desiertos hallan.

Al mas tirano dolor
llama el arrullo halagüeño
del mas venturoso sueño,
que ha protegido el amor.
Estudia en libro traidor
sentencias una por una;
mas no comprende ninguna,
porque ignora en sus congojas,
que son desdichas las hojas
del libro de la fortuna.

La campana con voz fuerte
en su elevación sonora,
no toca nunca mas hora
que horas que van á la muerte.
El hombre olvida su suerte,
y en vanidad exaltado,
corre al bien con paso alado;
y al fin tras tanto anhelar,
vé que andando sin cesar
nada el triste, nada ha andado.

Nuestra vela recojida,
al fin el mar dejaremos,
que azotaron nuestros remos
tras una ilusión perdida.
¿Qué logramos de la vida
entre aliento y desaliento?
correr á merced del viento
derechos hácia un abismo,
yendo el pensamiento mismo
tras un mismo pensamiento.

Presumido cazador,
alma en perpétua inquietud,
tirano en esclavitud,
ignorante pescador,
mal orgulloso señor,
amante para penar,
¿qué otro término ha de hallar
vuestro continuo sufrir,
si es desear el vivir,
y es morir el desear?

Juzga las sombras mas bellas
quien vé en la noche riente
negro tocado en su frente;
pero un tocado de estrellas.
Rijiéndose vá por ellas
hasta encontrar peregrino
el norte de su destino,
no cual otros caminantes,
por su desventura errantes
en el mas feliz camino.

Es nave, que al mar se entrega
por las olas combatida,
pero con el ancla asida
al puerto á donde navega.
Contra él la fortuna ciega,
¿á qué lanza en su pasión
los tiros de la ambición,
si no ha de poder lograrlos?
Al cielo debe arrojarlos,
que allí está su corazón.

Esa flor, que mas se inclina

á besar el arroyuelo,
es para besar el cielo
en el agua cristalina.
¡Feliz el ave que trina
en flor de tanta beldad!
No se han perdido en verdad
las horas de su quebranto,
pues tiene su dulce canto
por eco la eternidad.

ADOLFO DE CASTRO.

REVISTA DE LA HABANA.

Costumbres.—Emigracion.—Amalia Ramirez.—Artistas cubanos.—Orador cubano.—Noticias literarias.—Coleccion de retratos.

El que ha estado algun tiempo en Europa se ve precisado á confesar que la vida en la Habana es monótona, material, fatigada, casi sin atractivos. Ese movimiento incesante, esa agitacion continua de Europa no existe en la opulenta capital de la isla de Cuba sino en las inmediaciones del muelle durante seis ú ocho horas: el resto de la poblacion permanece quieta, callada.—En Europa las mujeres están en las calles, en los paseos, en las plazas, en todas partes: en la Habana permanecen siempre en sus casas, leyendo ó tocando el piano, arrastrando esa vida muelle, lánguida, suave, voluptuosa, propia de los pueblos orientales, y es tal este retraimiento, este aislamiento, que el extranjero que pisa nuestras playas puede decir que entre nosotros no hay sociabilidad.—Tal vez sea debido á esta costumbre y á la riqueza del pais la moralidad de las hijas de Cuba: tal vez sea debido á esta vida *monjil* el amor de las habaneras al techo de sus mayores y á la religion del hogar.—En Europa la política es una necesidad; las discusiones públicas en congresos, ateneos, liceos, academias, cafés, paseos, y reuniones de todas clases forman una costumbre: en la Habana no existe esta costumbre, en la Habana no hay polémicas periodísticas. Aquí no se piensa en otra cosa que en adquirir oro.

En la época que atravesamos es imposible vivir en esta capital.—El sol de América nos abrasa con sus rayos de fuego: respiramos una atmósfera sofocante: las nubes de polvo que levantan los millares de carruages de todas formas y clases que corren por estas calles nos ahogan, nos asfixian.—En esta época las familias mas acomodadas de la Habana acostumbran emigrar á los pueblos circunvecinos para tomar los baños y gozar de las frescas brisas de los trópicos, como hacen en Europa á los puertos de baños minerales, especialmente en Alemania.

Se ha concluido la reedificacion de nuestro bellísimo teatro, uno de los primeros del mundo, cuyas paredes fueron deterioradas á fines del año pasado por la explosion del polvorin de la Marina.—En la escena de este hermoso teatro apareció la noche del 10 del actual, la *perla de la zarzuela*, la

graciosa y simpática Amalia Ramirez, la artista favorita del público gaditano. Se ha estrenado con la zarzuela *Mis dos mujeres*. La joven Cuba tendrá para Amalia las palomas de sus perfumados bosques, las rosas de sus valles y para las serenatas con que hemos de obsequiar á la distinguida artista, las melancólicas armonías de sus cantos populares y las lánguidas cadencias de sus danzas.

Hace algunos meses forman la delicia de la Habana dos eminentes artistas cubanos educados en París: el gran trágico José Lacoste y el distinguido violinista José White: ambos han sido tres veces coronados en el coliseo de la Puerta de Colon.

Lacoste declama en francés las mas bellas composiciones de Víctor Hugo y Alfonso Lamartine, el poeta querido de las mujeres, el poeta favorito de la juventud sensible é ilustrada, cuyos cantos conoce y repite la juventud de todos los paises.

Es imposible oir á José White sin sentir un sentimiento dulce é indefinido, sin arrojar un grito de admiracion.—White tiene veinte años. Fué el único que obtuvo el premio en el Conservatorio de París, entre veinte opositores.—Cuando White desliza su arco sobre las cuerdas del violin, la concurrencia oye con religioso recogimiento, en medio de un silencio profundo y solemne, al eminente artista cubano. El violin, en manos de White, hace vibrar las fibras de la sensibilidad, hace paladear al corazon emociones indescribibles, emociones nuevas y desconocidas, y los mágicos torrentes de armonía que brotan de este elocuente instrumento conmueven, arrebatan y acarician el oido mas dulcemente que las últimas modulaciones de la tarde en las palmas de América, que los quejidos aéreos del viento de la mar en las fibras de los pinos de Italia. ¡Qué sentimiento, qué naturalidad, qué estilo tan bello, tan puro! El alma queda suspensa temiendo perder una sola nota de las Iliadas de la música que toca este nuevo Homero, cantos sublimes que compiten con las armonías de la naturaleza, que vibran largo tiempo en el oido y en el corazon.—Algunas veces las notas de fuego que se desprenden de su arco que maneja con la precision de un severo y envidiable método adquieren un matiz tan melancólico como el rumor lento é infinito que se estiende á lo largo de las costas en las tardes de la sombría época de la caída de las hojas, como las lágrimas y los últimos besos de dos amantes próximos á separarse, como el triste murmullo de las brisas vespertinas que se deslizan quejándose entre las hojas sonoras del lánguido sauce.—Inspira tal admiracion, entusiasmo de tal manera, que hay momentos en que arrebatados por la magia de este joven músico los espectadores interrumpen al cantor para prodigarle espontáneos vítores, y un aplauso frenético, prolongado, estalla en los ámbitos del teatro y ramos de flores y hojas de verde laurel caen á sus piés.—White es una de las glorias de Cuba. White es un genio.

En el último vapor correo que zarpó de este puerto con direccion á Cádiz, partió el distinguido

orador cubano Tristan de Jesus Medina, cuyos bellos discursos hemos oído siempre con gusto, con admiración.—El joven Tristan de Jesus Medina es el orador querido de las habaneras, el orador favorito de la juventud cubana.—Su facundia, su estilo elegante, su talento privilegiado, su juventud le han grangeado entre nosotros envidiable popularidad. Nosotros, le oíamos siempre con placer y palpitábamos bajo su palabra siempre agradable y persuasiva. Cada uno de sus discursos, valientes é inspirados, era un triunfo para el joven orador, para el poeta cubano: cada una de sus veladas en las que constante é infatigable procuró hacer conocer á la juventud sus derechos y deberes, era un motivo mas para merecer nuestro cariño.—No titubeo en asegurar que allende los mares donde se presenta á su rica imaginación mas vasto espacio para extender sus alas, adquirirá la misma popularidad que ha adquirido entre nosotros.

El célebre Zorrilla nos ha abandonado por segunda vez para volver á Méjico donde le tributan marcadas muestras de deferencia y distinción.—Ha publicado aquí una bella colección de cantos con el título de *La flor de los recuerdos* que dedica á la isla de Cuba.—*Historia de dos rosas y dos rosales*, es el título de una novela en verso que ha dado á luz en el folletín de un periódico de esta ciudad, obra que hubiéramos asegurado había sido escrita por un poeta si no viéramos al frente el nombre del cantor de *Granada* y de *María*.

—El conocido escritor Juan Martinez Villergas ha regresado de Méjico. Publica en la actualidad *La vida en el chaleco*, novela que dedica á los habitantes de la isla de Cuba.

—El escritor cubano Teodoro Guerrero, después de haber publicado en esta ciudad su novela *Anatomía del corazón*, conocida en España, ha empezado á dar á luz la novela cubana *Historia íntima de seis mujeres*. El editor de esta novela es el Sr. Palomino.

Se ha repartido la primera entrega de una colección de retratos de los cubanos que mas se han distinguido en las ciencias, artes y letras, y de nuestros poetas mas notables. El primer retrato es el del eminente sabio habanero José de la Luz tan querido y respetado entre nosotros.

JULIO ROSAS.

RECUERDOS.

*En vain le jour succède au jour,
Ils glissent sans laisser de trace;
Dans mon âme rien ne t'efface,
O dernier songe de l'amour!*

LAMARTINE.—MEDITATIONS.

Bellos los campos son que tus orillas
Adornan, claro Bétis, y en tus aguas
Retratan su magnífica grandeza.

La rubia miés, ópimo don de Flora,
Que al amoroso halago de los céfiros
Resonante se inclina; los copudos
Arboles que hasta el cielo se levantan,
O al peso de su fruto regalado
Doblan sus verdes ramas, los arroyos
Que entre las cañas plácidos serpean
Lamiendo las arenas de su lecho
Con sonoro rumor; los ruiseñores
Que anidan en tus verdes espesuras
Y llenan el espacio de armonías;
Las flores del Abril.... todo les presta
Esa magia y encanto inesplicables
Que los sentidos y la mente halagan.

Mas yo suspiro por la estéril roca
Donde Cádiz se eleva, como blanca
Gaviota posada en una peña
Para secar sus alas; yo suspiro
Por escuchar del férvido Oceano
Que la aprisiona entre sus verdes olas
El eterno rumor.... Y es porque en ella
Las dulces prendas de mi amor habitan....
Madre, hermanos, amigos!... y es que acaso
Tambien, oh mar! tus olas, que en ligeros
Copos de espuma en las arenas mueren,
Cautivan las miradas de mi Elvira,
O hacen latir su corazón de virgen
A impulsos del terror, si impetuosas
Azotadas del Abrego y del Noto
Elévanse rugientes, y amenazan
Romper los muros, é inundar la altiva
Ciudad que se levanta en tus riberas.

Y cuando el sol se oculta en Occidente
Entre brillantes y encendidas nubes,
Y miro la ligera gaviota
Cruzar alegre el anchuroso espacio
Al Oceano dirigiendo el vuelo,
Torno hácia Cádiz los llorosos ojos
Con afán melancólico, lanzando
Del triste pecho abrasador suspiro,
Que ráudo lleva el vespertino viento
Que canta en los tendidos olivares.

"Vuela, avecilla, dígoles; ligera
Vuela á mi Elvira; entre las bellas ninfas,
Ornato de las playas gaditanas,
Como entre flores á la fresca rosa
Conocerla podrás; pura es su frente
Como los rayos de la casta luna;
Brilla en sus ojos con celeste lumbre
Suavísima ternura; su sonrisa
Es el nacer de la rosada aurora
En el fecundo Abril; guarda en su alma
La inocencia del niño y el tesoro
De amor de la muger.... pura y divina
Emanación de Dios, ángel que al suelo
Desciende para bien de los mortales.

"Vuela y dile el afán que me atormenta,
Canta mi oscuro nombre á sus oídos,
Y cuando vuelvas á la hermosa orilla
Donde su frente eleva hasta las nubes
Hispalis orgullosa, trae en tus alas
El que exhalan suavísimo perfume
Las trenzas de sus nítidos cabellos,
El suspiro que acaso lanza triste
Su pecho virginal, el eco suave
De su voz argentina, mas sonora
Que el murmullo del aura en la enramada."

Oh! vuelvan pronto del ardiente Estío
 Las perezosas horas, vuelvan pronto
 Las tibias brisas de sus tardes, cuando
 A la luz melancólica de Febo,
 Que pausado á su ocaso se avecina,
 O á los rayos suavísimos que lanza
 La casta luna, mírola estasiado
 Vagar del mar por la arenosa orilla,
 Pura como un ensueño de poeta,
 Radiante de belleza y de ventura.

ARÍSTIDES PONGILIONI.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELICITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

La condesa se acercó á él, le habló en voz baja, y el pobre fraile bajó la cabeza en señal de sumisión.

Doña Ana sacó de su bolsillo unas pequeñas tijeras, cortó con ellas á raiz la luenga y encanecida barba del religioso, y tomando una cajita que le presentó un hombre de los que formaban el grupo de que hemos hablado, sacó de ella otra barba negra y reluciente como el azabache, la colocó en el rostro del pobre anciano y se puso á examinarle con detención.

La semejanza absoluta de los dos frailes había desaparecido.

El padre Gerardo parecía que se había quitado treinta años de encima y así se lo hizo entender la condesa.

Pero el pobre viejo continuaba con la cabeza baja y cruzadas las manos sobre el pecho; sin duda estaba orando.

—Ahora, dijo ella, es preciso que nos separemos. No nos conviene que los que llegan nos encuentren reunidos.

Fray Gerardo miró en distintas direcciones con ojos atónitos y exclamó lleno de irresolución.

—Y ¿á dónde quereis que vaya yo á estas horas?

—Gonzalo os lo dirá, puesto que no ha de separarse un instante de vos.

—Como gustéis, volvió á decir el anciano con muestras de la mayor resignación. Cúmplase la voluntad de Dios y la que vos me imponeis.

En aquel momento llegó Adrian que volvía del campamento del ejército sitiador. Gonzalo cogió de un brazo al padre Gerardo y medio lo arrastró á un lado del camino, á fin de que ni el uno ni el otro pudiesen ser vistos de Montalvo. Entonces la condesa se acercó á aquel y le dijo precipitadamente.

—Haced cuanto os he dicho y no olvideis la

consigna por si teneis que volver á la plaza.

—No la olvidaré, murmuró Gonzalo envolviéndola en una mirada de amor y de desconfianza. ¿No es *Castilla por D. Juan*?

—Sí, respondió Ana con feroz ironía; Castilla por D. Juan.

Y luego al separarse, como si estuviera hablando consigo misma, murmuró con encono:

—No será el infante quien se ciña tampoco la corona de Castilla. La muerte le atajará en medio de su camino.

CAPITULO XXIII.

Sin duda estaba escrito que Rugier debía ser espectador durante aquella noche de una porción de escenas que le interesaran vivamente. Así fué que apenas se retiraron el padre Gerardo y Gonzalo, varias personas pasaron por allí cerca y fueron á incorporarse con los demás hombres que esperaban hacia rato las órdenes de la condesa. Esta por su parte dió algunos pasos mas y se reunió con otro guerrero de marcial continente, en quien Rugier reconoció al instante á su antiguo amigo y cuñado. Adrian llegó hasta la condesa y besó tierna y respetuosamente la mano que ella le tendiera.

Entonces se entabló un nuevo coloquio, y Lauriga volvió á escuchar.

—Sentaos, dijo Ana; sentaos y descansad un momento.

—No estoy fatigado, respondió Adrian vacilando.

Mas como viese que la condesa acababa de hacerle, Adrian siguió su ejemplo y se sentó volviendo las espaldas al sitio donde Lauriga permanecía oculto.

—Habeis visto al rey? preguntó la condesa que sin duda estaba mas impaciente que nunca.

—El rey, respondió Montalvo, no me ha recibido. Cuando llegué á su campo estaba con un correo procedente de Valencia.

—De Valencia decís?

—Eso llegué á comprender.

—Es singular. Proseguid.

—Fuí recibido por D. Lope de Haro.

—Le trasmitisteis todo lo que os dije?

—Palabra por palabra, señora.

—Y qué os respondió?

—Que dispusiérais de su persona para cuanto quisiérais; mas no para hacer traición á su rey.

—Imbécil! Eso os dijo terminantemente?

—Ni una palabra mas; solo al retirarme me preguntó por mi hermana.

—Mucho la amaba sin duda.

—Tanto debe quererla todavía, que al oír mi respuesta estuvo á punto de caer desmayado.

Rugier comprendió que se estaba tratando de su esposa; pero las palabras de la condesa y de Montalvo eran para él un misterio que en vano procuraba descifrar.

—La ama! la ama todavía y me lo negaba, murmuró entre dientes, acordándose de la generosa conducta de D. Lope.

Después siguió prestando mayor atención: acababan de pronunciar su nombre y era necesario oír hasta el fin.

—¿Habeis averiguado, preguntó Ana, si efectivamente está allí el capitán Rugier de Lauriga?

—Podeis estar segura de ello; no era fácil que yo me hubiese equivocado.

—¿Y qué pensais hacer con el seductor de la pobre Catalina?

—Podeis dudarlo? Le mataré sin compasión lo mismo que se mata un perro.

—Le aborreceis tanto?

—Ya sabeis que la muerte ha interpuesto entre él y yo un abismo insondable, inmenso!... Mi odio no puede extinguirse nunca porque no tiene límites, porque es imperecedero.

Las palabras de Adrian respiraban un rencor tan profundo que Lauriga no podía explicárselo. Aquel encono traspasaba los límites de lo racional y de lo justo.

¿Qué daño le habia hecho Rugier para que su sola memoria le inspirase semejantes ideas de exterminio y de venganza?

Lauriga siguió sufriendo y escuchando.

—Sea como fuese, dijo la condesa después de una breve pausa, yo estoy segura de que no os batiereis.

—Y en qué fundais semejante creencia?

—En que Rugier eludirá el combate y os esquivará el bulto.

—Tan cobarde le suponeis?

—No en modo alguno, porque eso seria calumniarle; pero ese hombre suele ser muchas veces supersticioso y no podrá olvidarse jamás de que fué vencido por vos el día que os vió por la primera vez.

—Funesto día fué aquel para todos! funesto y maldito día! repitió Adrian con acento cavernoso.

—Y sin embargo, observó la condesa, vuestra amistad con el caudillo vencido fué la causa de que me conociérais, cuando mas tarde fuisteis á Zaragoza en busca de D. Jaime.

—Es cierto, condesa; perdonad lo que acabo de decir.

—Maldecireis aun aquel día?

—No, no, y mil veces no. Por mucho que me hayais hecho sufrir con vuestro desvío y con la ausencia forzosa que me impusisteis, yo no puedo menos de seguir adorándoos. Desde el instante mismo en que os declaré la pasión que habíais llegado á inspirarme, vos sabeis mejor que nadie los grandes esfuerzos que hice y estoy haciendo por mereceros. Por vos abandoné la capital de Aragón dejando pendiente en ella un desafío, que si hubiera tenido efecto me hubiera evitado muchos disgustos; por vos dejé á mi hermana en Sangüesa sin mas compañía ni mas amparo del que podia proporcionarle un pobre fámulo cargado de años y poco conocedor del mundo; por vos, en fin, me trasladé á Francia donde tuve al fin el consuelo de veros. La dicha de estar cerca de vos duró bien poco para mí, porque os volvísteis á España obligándome á permanecer al lado del monarca fran-

cés. Mas tarde supe, porque vos me lo enviásteis á decir, la perversidad con que ese Rugier habia obrado, y en vez de tomar un caballo y venir en su busca, en vez de volar á Zaragoza para que la reina Doña Blanca mi prima se hubiese enterado de la felonía y torpe conducta del bastardo Lauriga, en vez de todo eso, repito, me quedé en Francia cumpliendo vuestras órdenes, y esperando que alguna vez me diérais permiso para acercarme á vos. En ausencia vuestra he sufrido tanto, que en vano intentaria describíroslo. Cada día que pasaba sin veros era para mí un año de dolor y de afán. Estaba dispuesto á complaceros, y esta resolución me hubiera costado la vida; pero por fortuna Dios os tocó en el corazón, me necesitásteis y corrí á vuestro encuentro teniendo ayer la ventura de encontraros nuevamente. Traigo, como me lo mandásteis, trescientos hombres valientes y dispuestos á todo, que he podido reunir en pocos días y que esperan mis órdenes, ó por decirlo mejor las órdenes que vos me dicteis....

—Gracias, Adrian, gracias; os habeis portado tal como yo me lo imaginaba.

—Y vos, señora, y vos? preguntó Adrian desesperado viendo que la condesa no le dirigia una palabra de consuelo; ¿estais dispuesta, como me lo ofrecísteis, á concederme al fin vuestra mano por la que tanto he suspirado? No creais que pongo precio á mi fidelidad y á los pobres servicios que os he prestado, puesto que en mí eran un deber desde el instante en que me puse á vuestra disposición. Pero, si no me engaño, mañana mismo tendremos que combatir y es fuerza saber á lo que debo atenerme. Oh! señora, explicaos y no me hagais infeliz por mas tiempo.

—No os he dicho mil veces que esperéis?

—Sí, condesa, me lo habeis dicho; pero la fuente del sufrimiento se agota, la esperanza acaba y la ilusión puede desvanecerse. Hasta hoy he podido esperar porque no habia otro remedio; pero mañana es otra cosa: mañana puedo ser feliz ó desgraciado y morir ó vencer, segun lo que vos resolvais. Me habeis comprendido, condesa?

—Confieso que no; explicaos.

—Pues si es preciso decirlo, lo diré. Necesito saber en este mismo momento si me amais para ser invencible mañana; para que vuestros enemigos y los míos sean impotentes contra mi felicidad; para que yo pueda sembrar el terror y la muerte por donde quiera que vaya; pero si en cambio no me asegurais ahora mismo que dentro de poco sereis mi esposa.... ah! yo os lo juro por la cruz de mi espada....

—Quereis suicidaros, Montalvo?

—No; pero me dejaré matar por el primer hombre que encuentre en mi camino.

—Y no os vengareis de Rugier de Lauriga?

—Quien piensa en la muerte no debe pensar en las venganzas, condesa.

—Siendo así, yo os aconsejo que vivais.

—Es cierto lo que oigo?... será tan dichoso?...

—Vivid, Adrian, yo os lo ruego.

—Me amareis?

—Sí.
 —Sereis mia?
 —Sí.
 —Cuándo?
 —En cuanto haya hecho todo lo que tengo que hacer.
 —Oh! me devolveis la vida y la esperanza. Dios os lo premie, condesa.
 —Vengareis á vuestra hermana?
 —Podeis dudarlo??
 —Y si el bastardo Lauriga huye de vos, ¿qué hareis?
 —Sé un medio para que no huya de mí.
 —Cual?
 —Mañana os lo diré.
 —Como gustéis, respondió la condesa que no podia disimular su alegría ni el odio profundo que Lauriga le inspiraba.
 Despues de un instante continuó de este modo:
 —La noche avanza y no hay tiempo que perder. Oidme, Adrian.
 —Hablad, os escucho.
 —¿Dónde están apostados vuestros hombres?
 —A un cuarto de hora de aquí, junto al monte del retamar.
 —Precisamente á la espalda del mismo monte se halla oculto con los míos mi fiel escudero Guzman. ¿Quereis avisar á los unos y á los otros?
 —Cuando gustéis.
 —Yo vuelvo á Tordehumos y vos ireis al encuentro de esos valientes. Cuando al amanecer las tropas del rey estrechen el cerco y empiecen el asalto, vos estareis de vuelta y caereis sobre nuestros enemigos atacándoles por la espalda.
 —Perded cuidado, Ana, los derrotaremos. Al hacerme hoy feliz me habeis hecho tambien invencible. Mañana nos veremos en la villa.
 —Pues hasta mañana.
 La condesa se retiró con los hombres que estaban esperando, y Adrian se quedó solo en medio del camino hasta que la vió desaparecer y penetrar en la villa.

CAPITULO XXIV.

Si Adrian no hubiera sido hermano de Catalina, Rugier de Lauriga se hubiera presentado á él en aquel instante y ambos hubieran liquidado con pérdida de una vida, la cuenta de honor que tenían pendiente; mas como el capitan estaba resuelto á no batirse con él, se estuvo quieto esperando que Montalvo se alejase de allí.

Iba ya este en efecto á retirarse y acababa de dar algunos pasos, cuando de pronto se paró lleno de sorpresa. Un guerrero que le salió al encuentro y se puso delante de él con aire amenazador, y un fraile que iba en pos del guerrero, le llamaron la atencion y le hicieron ponerse en guardia á fin de afrontar los peligros de una emboscada y de un ataque inesperado.

—Quién sois? qué quereis? preguntó Adrian con voz firme y amenazador ademan.

—Quien soy os lo mostraré; respondió su nuevo

interlocutor: y en cuanto á lo que quiero, continuó sacando su espada, nadie mejor que esta os lo dirá. Defendedos, caballero; defendeos y mostrad que la condesa os ha hecho invencible. Os detesto y vengo á quitaros la vida.

—Perteneceis al ejército del rey de Castilla?

—Hoy por hoy pertenezco.... al diablo, caballero.

—Pues veremos si él os ayuda, replicó Adrian sacando la espada y arrojándose á él con presteza.

Su enemigo dió un salto atrás, paró el golpe con su acero y tiró una furiosa estocada que Adrian eludió á su vez con igual viveza.

El religioso habia caído de rodillas y oraba.

—Rugier de Lauriga no sabia que hacer.

Hubiera querido ponerse de un salto al lado de Adrian y defenderlo de aquella inesperada arremetida: mas como el acometedor mas parecia caballero que un vil asesino, no ignorando el valor de Adrian, prefirió esperar á ver el desenlace de aquella inesplicable escena.

(Se continuará.)

SOLUCION DEL GEROGLÍFICO ANTERIOR.

El pobre y el monarca son iguales para la muerte.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion número 11.

